

La fiebre del oTro

dedicado a JMesa

Mi corazón es una mina casi abandonada que conoció en sus albores una gigantesca fiebre del oro. La leyenda no lo dirá pero mi carácter tímido, huidizo dirían otros, fue el que empezó la excavación. Sí, era más una autodefensa que una prospección comercial, una expedición en busca de metales prácticos y defensivos como el hierro del hematites o de la limonita, que una perforación ávida de gemas o de oro, mineral conocido en otras minas, lejanas, inaccesibles, felices acaso.

Tras varios meses excavando en limos y arcillas de las morrenas más superficiales de amores veraniegos, alcancé una veta de un metal que me era desconocido por completo. Su textura era áspera y luminosa como la galerna en el faro, como el cuarzo blanco, como un beso aplazado. Mis débiles luces apenas me ofrecían brillos para vislumbrar, o colores que robar para la vuelta a la superficie, pero yo sabía que estaba en la piedra negra de la vida, y mis sienes repicaban a gloria.

Todos los días, durante veintitrés jornadas, entraba en la bocamina con la mirada mineral de un poseído, me introducía en el ruidoso montacargas que me llevaba a la galería del tesoro, un incómodo cubículo donde apenas cabríamos dos, ella de melena áurea y mirada muy mediterránea. El yacimiento que asomaba, apenas la superficie de un abrazo, parecía macizo, ciclópeo si lo golpeabas para adivinar su volumen, seguramente eterno. Y yo, que había oído que muy pocos acceden a sentir un filón tan colosal, ni siquiera me sentía feliz, tan sólo me abrazaba a mi vena para sentir todos y cada uno de los latidos, esa danza sacra.

El día veinticuatro la galería excavada se derrumbó sin apenas estrépito, devolviéndome a la bocamina, condenándome a la superficie, a la intemperie, y al recuerdo. Ajeno a la debacle como si fuera un gusano de éstos que al partirlo regenera ambos segmentos, yo o, mejor, la fiebre que me poseía empezó a excavar en la mismas ruinas, como antes, sin entibar la galería, sin asegurar ni un metro de túnel. Ahora sé, como viejo minero, que lo hice por buscar el tacto de la veta más que su posesión, incluso, más por el fulgor del grisú que por la codicia de alacrán. Hasta trece barreneros reventaron mis entrañas en busca de ese metal, pero eso son otros derrumbes para ser contados aparte.

Y al final, antes de que casi todos me abandonaran, me conformaba sólo con una expedición en busca de metales prácticos y defensivos como el hierro del hematites o de la limonita, más que una perforación ávida de gemas o de oro, mineral conocido en otras minas, lejanas, inaccesibles, felices acaso.

1998 © Jorge Laespada